

Lucha de Clases, Traición de Elites

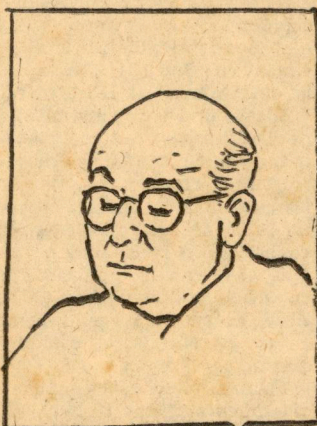
por Sebastián Salazar Bondy

El movimiento de "Economía y Humanismo", a cuya cabeza se halla el eminente sacerdote francés, el Padre L.J. Lebrét, ha comenzado a ganar adeptos en nuestro país. El gobierno peruano, inclusive, ha contratado a una misión de ese centro de investigación para que realice un estudio de la realidad social, económica y humana de nuestra patria, cuyos frutos, a juzgar por los resultados que trabajos semejantes han rendido en otras naciones subdesarrolladas del globo, han de ser altamente beneficiosos para el Perú presente y futuro. El creador de esta actitud que percibe los fenómenos de la sociedad a partir del hombre, de su individualidad y su libertad tan frecuentemente conculcadas, ha expuesto en dos breves volúmenes sus ideas sobre el mundo de hoy ("Guía del Militante", Editorial Mosca Hnos.S.A., Montevideo, 1950), a los que en estos artículos de divulgación nos remitiremos. El discurso se apoya en el principio de que nadie "puede desatenderse de su deber de solidaridad con los obreros en el gran combate que se libra en pro o en contra de la liberación de los hombres, en pro o en contra del progreso de la humanidad". En consideración a tal obligación moral, el Padre Lebrét afirma: "No dar resueltamente testimonio de la verdad, cueste lo que cueste, sería una traición". En suma, he aquí una interpretación neta, a veces dura, siempre independiente, de los hechos que la humanidad ha vivido en la última era y vive aún. Asumiendo la doctrina cristiana en su esencia, se ha enfrentado el Padre Lebrét, sin prejuicios ni prevenciones, a la cruda realidad, y ha elaborado sobre ella una ideología nueva y saludable.

Desde el advenimiento del capitalismo industrial y financiero apareció el proletariado. Aquel engendró a éste y dio lugar así a la lucha de clases. ¿Por qué? Porque el capitalismo tiene como única levadura el provecho exclusivo del capitalista, del intermediario, del especulador. La economía manejada por los capitalistas nunca conoció como finalidad el bien común. Estuvo, más bien, basada en la codicia, rompió la escala de valores y se hizo antihumana. "Pérdida del sentido de los valores humanos, ritmo de vida abusivo, ausencia de compasión hacia los débiles, tendencia al gigantismo, creación del proletariado, separación de clases, envidia y odio, materialización de la vida y la cultura, ese es el balance moral de la civilización capitalista", afirma el Padre Lebrét. La aparición de los "trust" —cuya "ley es la ley de su desarrollo ilimitado y no la búsqueda del bien común nacional o internacional"— convirtió al capitalismo en una fuerza destructiva que llegó a modificar radicalmente la estructura del mundo. Frente al capitalismo está el proletariado, "el trabajador sin cultura y sin seguridad", a quien sólo se tiene como elemento de producción, como consumidor o como voto electoral. Situado en la última escala social, sin presente y sin futuro, aun sin patria —"antes que nada es de la clase obrera"—, vive él bajo la amenaza del hambre y la miseria. Entonces, se levanta contra ese capitalismo que no ha sido capaz de dar a los hombres una legítima vida humana. Y se yergue en tono bélico. El Padre Lebrét cita un aserto del marxismo: "El capitalismo engendrando el proletariado, engendra su propia sepultura".

¿Qué es la lucha de clases? El capitalismo no constituyó clase social en el sentido estricto del término, pero asimiló a la burguesía, en la que encontró "su ejército de defensa". La burguesía hizo causa común con

privilegios de la posesión, la cultura y la participación de la dirección. En vez de adherirse al proletariado, del que estaba más cerca, el burgués se unió al terrible carro capitalista, y sobrevino la lucha de clases, la antinomia burguesía-proletariado. "De modo que la lucha de



Padre Lebrét

clases —declara lúcidamente el Padre Lebrét— se convirtió en un hecho, no por necesidad, sino por traición de las élites". Al trabajador debieron unirse, sin embargo, "todos los que habiendo recorrido el ciclo de humanidades, reclamaban un ideal humano; todos los que temían el triunfo del materialismo, porque éste representa una derrota del hombre, y todos los que querían escapar a gigantismos monstruosos y a negocios

anormales". No fue así, y el proletariado inició su batalla solo. ¿Puede ser enmendada tan grave equivocación? "La burguesía no puede salvarse —dice el Padre Lebrét— mientras rehuse entregar de buena gana sus privilegios y trabajar sinceramente por el mejoramiento del pueblo; y mientras siga aceptando ventajas sin el contrapeso de servicios y no sienta el culto del bien común será incapaz de amar al prójimo y realizar con todos los proletarios la supresión del proletariado". Es decir, mientras subsista en la traición que cometiera al dejarse arrastrar por el capitalismo, a cambio de prerrogativas que no estuvieron ni están compensadas por el servicio a la causa común, a la causa humana. De nada sirve la creación de "lo social" —emanado de la lástima y el miedo— que la burguesía ha inventado para restañar las heridas populares, que no ataca en su raíz la causa del mal que padece la mayoría de la humanidad, la masa trabajadora, que es, en síntesis, "el desorden de las estructuras, la injusticia profunda del régimen económico, la ruptura de los marcos normales de la vida, el desequilibrio de las personas y de los conjuntos, la mediocridad humana generalizada, el materialismo". Hay que abordar el drama de otra manera: a ello va el pensamiento de este hombre, sereno y apasionado al mismo tiempo.

21/4/59